Introducción

La economía política burguesa después de Marx

1. La escuela histórica en Alemania. Carácter sociológico de la escuela histórica. Carácter lógico. 2. La escuela austríaca. Breve caracterización lógica. 3. La escuela angloamericana. 4. Los precursores de los "austríacos".

Han pasado casi 30 años desde que se extinguiera para siempre la palabra inflamada del gran pensador del siglo XIX cuyas ideas sirvieron de instrumento para la lucha del movimiento proletario del mundo entero; toda la evolución económica de las últimas décadas –la competencia y la centralización desenfrenadas del capital, la eliminación de la pequeña industria incluso en las zonas más remotas, la formación, por una parte, de poderosos magnates industriales, verdaderos reyes coronados de oro y, por otra, la extensión de un ejército proletario que es inducido a educarse, unificarse y organizarse por el mismo mecanismo de la producción capitalista– confirma plenamente la validez del sistema económico de Marx, que se propuso descubrir la ley económica del movimiento de la sociedad capitalista actual. El pronóstico asentado en *El manifiesto comunista* y, más tarde, en forma más completa y desarrollada en *El capital*, se ha verificado en sus nueve décimas partes. Uno de los aspectos más importantes de este pronóstico, la teoría de la concentración, es hoy aceptada por todos; se ha convertido en una verdad científica universalmente reconocida. Es verdad que generalmente se la incorpora a una perspectiva teórica diferente que la priva de su unidad, tan característica de la teoría marxista. Pero el "romanticismo económico", que ha visto en esta teoría nada más que el fruto de una imaginación utópica, ha perdido pie en estos últimos tiempos, porque las tendencias descubiertas y explicadas por Marx han surgido con tal rapidez y han tomado una amplitud tal que el avance victorioso de la *gran* industria sólo puede pasar desapercibido a los ojos de un ciego. Si algunos, por simplicidad, han tomado a las *sociedades*

por acciones por una "democratización del capital", si su sentimentalismo les ha hecho creer que éstas eran una garantía de paz social y de bienestar generalizado (y es de lamentar que esta opinión haya tenido sus defensores incluso entre las filas de la clase obrera), la "realidad económica" actual destruye de la manera más brutal este idilio pequeño-burgués. Porque el capital por acciones se ha convertido, en manos de un puñado de usurpadores, en un despiadado medio de represión contra la progresión del "cuarto estado". Bastaría este solo hecho para demostrar la importancia del sistema teórico de Marx como instrumento de conocimiento. Pero el carácter del desarrollo capitalista tal como se manifiesta en la actualidad sólo puede comprenderse con ayuda del análisis *marxista*.[1] Las poderosas asociaciones de empresas, la creación de sindicatos, de trusts, de organizaciones bancarias sin precedentes, la penetración del capital bancario en la industria así como la hegemonía del capital financiero sobre toda la vida económica y política de los países capitalistas desarrollados, representan la extensión de los rasgos que Marx observara anteriormente. La dominación del capital financiero acelera el movimiento de concentración, transformando la producción en una producción social madura para ser sometida al control de la sociedad. Naturalmente, los teóricos burgueses sostienen que la organización de los empresarios pondrá fin a la anarquía de la producción y a las crisis. ¡Absurdo! El organismo capitalista continúa sufriendo periódicas convulsiones y sólo los ingenuos pueden seguir creyendo que su curación es posible gracias a los remiendos reformistas. La misión histórica de la *burguesía* ya ha sido cumplida en el mundo entero y toca a su fin. Hemos entrado en la era de las grandes acciones *proletarias*; la lucha ya ha superado los límites nacionales para asumir cada vez más el carácter de una presión de las masas sobre las clases dominantes, y se acerca a grandes pasos al objetivo final. Está próximo el momento en que se realizará la previsión de Marx y sonará la última hora de la propiedad capitalista. Aún cuando los hechos confirman plenamente la justeza de las concepciones marxistas, éstas sin embargo han visto disminuir más que aumentar su crédito entre los teóricos oficiales. Si años atrás, en los países atrasados, tales como Rusia y en parte Italia, incluso los profesores universitarios llegaron en ciertos casos a coquetear con Marx –sin por eso renunciar a aportar al credo marxista pequeñas o grandes "rectificaciones"– la actual evolución social, la exacerbación de las contradicciones de clase y la consolidación de ideologías burguesas de todos los matices, alientan hoy a todo el mundo a retomar la lucha contra la ideología del proletariado; los "tipos transitorios" han sido eliminados para ser reemplazados por el científico "puramente europeo", "moderno", provisto de un ropaje teórico a la moda prusiana, austríaca e incluso a la última moda angloamericana.[2]

La economía política burguesa contrapone *fundamentalmente* dos alternativas al sistema marxiano, que han tenido notable repercusión en estos últimos tiempos: la llamada escuela "histórica" (Roscher, Hildebrandt, Knies, Schmoller, Karl Bucher, etc.), y la escuela "austríaca" (Karl Menger, Böhm-Bawerk y Wieser). Ambas expresan, aunque en forma diametralmente opuesta, el fracaso de la economía política burguesa. La primera fracasó porque adoptó una actitud negativa hacia toda teoría abstracta *en general*; la segunda porque se contentó con elaborar una teoría puramente abstracta ofreciendo así una serie de "pseudo-explicaciones" hábilmente imaginadas pero inútiles respecto a los problemas en que el marxismo ha demostrado ser una teoría particularmente eficaz: los relativos a la dinámica de la sociedad capitalista actual. Sabemos que la economía política clásica se esforzaba por formular leyes generales, es decir "abstractas", de la vida económica: el principal exponente de esta escuela –Ricardo– brinda notables ejemplos de este estudio abstracto-deductivo. La "*escuela histórica*", por el contrario, nace como una reacción contra el "cosmopolitismo" y el "perpetualismo" de los clásicos.[3] Esta diferencia tiene profundas raíces económico-sociales. La teoría clásica, con su doctrina del librecambio era, no obstante su cosmopolitismo, profundamente "nacional": era el inevitable producto teórico de la industria *inglesa*. Inglaterra había logrado, como consecuencia de una serie de circunstancias, el predominio sobre el mercado mundial, y no temía ninguna competencia ni tenía necesidad de ningún tipo de medida artificial, es decir legislativa, para asegurarse la victoria sobre sus competidores. Su industria no necesitaba invocar las particularidades de la situación inglesa para justificar las barreras aduaneras. De este modo, los teóricos de la burguesía inglesa no estaban obligados a centrar su atención en las *particularidades* específicas del capitalismo inglés: expresando los intereses del capital *inglés* hablaban de las leyes *generales* del desarrollo

económico. Desarrollo económico que asumía un carácter completamente diferente en el continente europeo y en América.[4]

Alemania, cuna de la "escuela histórica", era un país esencialmente agrario y atrasado en relación a Inglaterra. Su naciente industria, especialmente la industria pesada, se veía sensiblemente afectada por la competencia inglesa. Si la burguesía inglesa estaba eximida de poner el acento sobre las particularidades nacionales, la burguesía alemana, al contrario, debía mostrarse atenta a esta originalidad y autonomía de la evolución alemana y servirse de ella para demostrar teóricamente la necesidad de un "proteccionismo para el desarrollo". El interés teórico se concentraba, en efecto, en lo históricamente concreto y nacionalmente limitado; la teoría servía exclusivamente para poner en evidencia estos aspectos específicos de la vida económica. Desde un punto de vista sociológico, la *escuela histórica* fue la expresión ideológica de este proceso de crecimiento de la burguesía alemana que, temerosa de la competencia inglesa, buscaba apoyo para la industria nacional; por eso ponía en evidencia las particularidades nacionales e históricas de Alemania y también, generalizando el procedimiento, las de otros países. Desde un punto de vista genérico-social, tanto la escuela histórica como la clásica son "nacionales", en tanto ambas son el producto de una evolución histórica y localmente limitada; desde un punto de vista lógico, en cambio, los clásicos son "cosmopolitas" y los partidarios de la escuela histórica "nacionales".

El *movimiento proteccionista* alemán se convirtió así en la cuna de la escuela histórica. Su desarrollo ulterior engendró tendencias de todo tipo, entre las cuales la principal (la llamada Escuela "histórica nueva" o "histórico-ética" de Gustav Schmoller), se impregnó de conservatismo *agrario*. La idealización de formas productivas del pasado, especialmente de las relaciones "patriarcales" entre los propietarios de la tierra y los obreros agrícolas, el miedo frente a la "peste proletaria" y al "peligro rojo", han servido para desenmascarar estos profesores "objetivos" y poner al desnudo las raíces sociales de su "ciencia pura".[5] De esta característica sociológica también se desprende la característica lógica de la escuela histórica.

Desde un punto de vista lógico, la escuela histórica se caracteriza ante todo por su actitud negativa hacia la teoría abstracta. Este tipo de investigación inspiraba a los "historicistas" un profundo disgusto; toda posibilidad de una empresa de este tipo

les parecía dudosa y en general impugnable; para estos científicos la palabra "abstracto" era sinónimo de "absurdo" y algunos llevaban su escepticismo al punto de poner en discusión el concepto esencial de toda ciencia: el concepto de ley. Podían llegar, como máxima concesión, a reconocer las llamadas leyes "empíricas", elaboradas mediante estudios históricos, científicos y estadísticos.[6]

Se asiste así a la formación de un empirismo estrecho y refractario a toda generalización. Los representantes más rígidos de esta escuela hacían de la acumulación de material histórico-concreto un deber, y diferían el trabajo de generalización teórica a un momento indeterminado. Schmoller, por ejemplo, cabeza reconocida de la escuela histórica, caracteriza de este modo a la "joven generación": "lo que lo diferencia (a Roscher) de la escuela histórica es el hecho que esta última se inclina menos por las generalizaciones y expresa una profunda necesidad de pasar de la recolección de datos históricos al estudio especializado de las distintas épocas, de los diferentes pueblos y de su situación económica. Esta escuela exige ante todo monografías económicas. Prefiere comenzar explicando la evolución de las diversas instituciones económicas antes que la de la economía política como tal, la economía a escala universal. Aplica el riguroso método de investigación propio de la Historia del Derecho, esforzándose por profundizar el conocimiento libresco con las investigaciones personales y los viajes y por integrar a su estudio las ciencias filosóficas y psicológicas" (G. Schmoller, *Grundriss der Allgemeinen Volkswirtschaftsliche*, Leipzig, 1908, p. 119). Esta actitud, hostil por principio a todo método abstracto, continúa en vigor en Alemania. El propio Schmoller declaró en 1908: "Estamos todavía en el estado de preparación y recolección de material."[7]

La obsesión por lo concreto va de la mano con otra originalidad de la tendencia "histórica": no distinguir la vida económica-social de los otros aspectos de la existencia, sobre todo del derecho y las costumbres, pese a que los objetivos mismos del conocimiento hacen indispensable esta distinción.[8] Esta actitud se origina precisamente en la aversión a todo tipo de abstracción. ¿Acaso la vida social —señalan— no es un flujo unitario, una sola realidad y no la superposición de una historia de la economía, una del derecho, una de las costumbres, etc.? Sólo la abstracción científica fragmenta la vida, en sí misma unitaria,

poniendo de relieve artificialmente diferentes series de fenómenos y agrupándolos según criterios determinados. En consecuencia, quien se oponga a la abstracción científica no puede ni siquiera pensar en separar la esfera de la economía de la del derecho y las costumbres. Resulta evidente que una posición de este tipo sería absolutamente insostenible. Aún cuando la vida social constituye una unidad, no puede olvidarse que sin abstracción *ningún* conocimiento es posible: el mismo *concepto* es, como tal, una abstracción de lo concreto; del mismo modo, toda descripción supone una cierta selección de fenómenos según criterios que por tal o cual razón se juzgan importantes, y la abstracción es un atributo necesario de la capacidad de conocer que sólo se vuelve inadmisible cuando, haciendo abstracción de las características concretas, se crea una abstracción completamente vacía, inútil, en consecuencia, para las necesidades de la investigación.

La comprensión *exige* la división de la unidad del proceso de la vida. Este es en sí mismo tan complejo que para reconstruirlo es necesario descomponerlo en una serie de fenómenos diferentes... ¿Cuál sería el resultado de la economía, por ejemplo, si se intentara introducir en este estudio elementos que son objeto de estudio de la filología, con el pretexto de que los mismos hombres que presiden la economía están también unidos por los vínculos del lenguaje? Es evidente que toda ciencia puede utilizar los resultados de cualquier otra ciencia, en la medida en que estos resultados pueden contribuir al estudio del objeto científico en cuestión; pero es evidente también que estos elementos extraños sólo pueden ser considerados desde la perspectiva de la ciencia *en cuestión*, y no son más que elementos auxiliares de la investigación.

De manera que los materiales de géneros diferentes, en lugar de facilitar la comprensión de un problema determinado, lo complican. Conviene agregar que "la reflexión moral y psicológica" de los jóvenes historicistas tomó la forma de juicios y preceptos morales. Se introducen así en la ciencia, cuya tarea es descubrir las relaciones causales, elementos éticos que no tienen nada que ver con ella; de ahí el nombre de esta escuela: "histórico-ética".[9]

La actividad de la escuela histórica se traduce en un gran número de trabajos histórico-descriptivos: historia de los precios, del trabajo asalariado, del crédito, de la moneda, etc. Pero

todo esto no ha hecho avanzar en un solo paso la teoría del precio y del valor, la *teoría* del salario o de la circulación monetaria. Es necesario comprender, por lo tanto, que se trata de dos cosas totalmente diferentes. "Una cosa es, en efecto, la estadística de los precios en los mercados de Hamburgo o de Londres en los últimos treinta años y otra es la *teoría* general *del valor y del precio*, como se halla en las obras de Galiani, de Condillac, de Ricardo, de Mill, de Jevons y de Menger".[10]

El rechazo de la "teoría general" es precisamente la negación de la economía política como disciplina teórica autónoma, la declaración de su bancarrota.

En términos generales, la ciencia puede perseguir dos objetivos: describir aquello que existía en un momento y lugar dados, o intentar deducir *leyes* de los fenómenos; operación que puede expresarse con esta fórmula: habiéndose dado A, B, C, deberá darse D. En el primer caso la ciencia tiene un carácter *monográfico*, en el segundo *nomográfico*.[11]

Es evidente que la *teoría* de la economía política se incluye en el segundo tipo de ciencia en tanto se propone esencialmente objetivos científicos de orden nomográfico. Pero al desechar las leyes generales, la escuela histórica destruye, en definitiva, la economía política en tanto ciencia propiamente dicha, substituyéndola por la "descripción pura" de naturaleza monográfica y reduciéndola a la historia y a la estadística económica, ciencias monográficas por excelencia. La única idea válida de esta escuela, la idea de evolución, al no ser integrada en el marco de un análisis *teórico* quedó, al igual que la higuera de la Biblia, estéril. El aspecto positivo del trabajo de esta escuela histórica consiste exclusivamente en la *recolección de materiales* que pueden servir de base a la reflexión teórica; desde este punto de vista estos trabajos son muy valiosos. Las obras de primer orden publicadas por la Asociación de Política Social sobre los oficios, el comercio minorista y el proletariado agrícola, testimonian la importancia de tales trabajos.[12]

Karl Menger, el padre de la escuela austríaca, ofrece una descripción exacta de los "historicistas": "sus sólidos conocimientos *históricos* y un eclecticismo minucioso pero descontrolado, se combinan de manera puramente exterior en el terreno de *nuestra* ciencia [Menger se refiere a la teoría de la economía política]; este es el punto de partida pero también el punto culminante de la evolución de la escuela histórica".[13]

Completamente diferente es la orientación de la *escuela austríaca*. En el plano científico, se opone violentamente al historicismo. En la polémica, particularmente áspera entre Karl Menger y Schmoller, los nuevos teóricos de la burguesía repiten los mismos errores de sus predecesores; como ellos, consideran necesario observar los "fenómenos típicos", las "leyes generales" (las "leyes exactas", según la expresión de Menger). Después de haber conseguido una serie de victorias sobre los historicistas, la escuela austríaca, en la persona de Böhm-Bawerk, emprende la lucha contra el marxismo adjudicándole total carencia teórica: "Esta teoría no sólo es falsa sino que ocupa incluso, si nos fijamos en su valor teórico, uno de los últimos lugares entre todas las distintas teorías sobre el interés..."[14]

No es extraño que la nueva tentativa de los ideólogos burgueses[15] haya chocado violentamente con la ideología del proletariado. La violencia del conflicto nace del hecho que esta nueva tentativa de elaboración de una teoría abstracta se emparenta *formalmente* al marxismo —en tanto ambos aplican el método abstracto— pero en realidad se sitúa, por su contenido, en el polo opuesto a éste. Esto se explica, a su vez, porque la nueva teoría surge del último producto de la burguesía, una burguesía cuya experiencia e ideología están muy distantes, por lo tanto, de las de la clase obrera.

No daremos aquí otras características relativas a la posición *lógica* de los austríacos, ya que volveremos enseguida sobre este tema. Limitémonos a indicar sus características fundamentales en materia sociológica.

En su última obra sobre el origen del "espíritu capitalista", Werner Sombart examina los rasgos que caracterizan al empresario,[16] aunque limitándose a trazar la línea *ascendente* del desarrollo capitalista; escapa a su interés y a su investigación la psicología burguesa en su aspecto *decadente*. Pero es posible encontrar en su obra ejemplos interesantes de esta psicología, aún cuando estos no pertenecen precisamente a la época contemporánea. Describe a la "alta finanza" francesa e inglesa de los siglos XVII y XVIII del siguiente modo: "Eran gentes de origen burgués, en su mayor parte que se había enriquecido como acreedores del Estado o arrendatarios de impuestos y que, como ojos de grasa, flotaban en la superficie de la sopa, pero no tenían sino vínculos lejanos con la vida económica propiamente dicha."[17]

La decadencia del "espíritu capitalista" en la Holanda del

siglo XVIII llevó al "burgués" no a "feudalizarse", como en otros países, sino a transformarse en rentista. *El interés por la empresa capitalista, cualquiera sea su tipo, disminuye cada vez más.*[18]

Veamos otro ejemplo: Defoe, escritor inglés de la segunda mitad del siglo XVIII, describe así el proceso de desarrollo que convierte a un comerciante en un rentista: "En otros tiempos era una obligación ser laborioso y activo para reunir una fortuna; pero una vez retirado de los negocios hay que tomar la resolución de llevar una vida indolente e inactiva. Los títulos del Estado y la propiedad raíz son las mejores inversiones para sus ahorros."[19]

Sería falso pensar que esta psicología ha desaparecido; lo cierto es más bien lo contrario. La evolución capitalista ha asistido en las últimas décadas a una rápida acumulación. Como resultado del desarrollo de las diferentes formas de crédito, la plusvalía acumulada es apropiada por individuos que no tienen a menudo ninguna relación con la producción. El número de estos individuos crece continuamente, al punto de llegar a formar una clase social: la de los *rentistas*. Este estrato de la burguesía, aún cuando no constituye una clase en el sentido específico de la palabra sino más bien un grupo con características propias en el interior de la burguesía capitalista, presenta ciertas notas distintivas que lo caracterizan y que se derivan de su "psicología social". La extensión de las sociedades por acciones y de la banca, y la creciente influencia de la bolsa, engendra y consolida este grupo social. Su actividad económica se ejerce esencialmente en el plano de la circulación, sobre todo de títulos y valores, y en las transacciones bursátiles. Es significativo el hecho que en el interior de este estrato social, que vive de las rentas que producen estos valores, existan diferentes matices; el caso límite está representado por la capa ubicada fuera no solamente de la producción sino también del mismo *proceso de circulación*. Se trata sobre todo de los poseedores de valores a interés fijo: rentas del Estado, obligaciones de todo tipo, etc.; en segundo lugar, de aquellos que han invertido su fortuna en bienes raíces, de los que obtienen rentas seguras y duraderas. Estas categorías no conocen siquiera los riesgos del juego bursátil; los poseedores de acciones, estrechamente ligados a las vicisitudes de la especulación, pueden en un día perder todo o levantarse muy rápidamente, viviendo de este modo la vida del mercado,

desde la participación activa en la Bolsa hasta la lectura de las cotizaciones y de los periódicos financieros. Este vínculo con la vida socio-económica deja de existir, en cambio, para aquellos grupos que obtienen sus rentas de valores a interés fijo, fuera del campo de la circulación. Por otra parte, cuanto más se desarrolla y flexibiliza el sistema de crédito, mayor es la posibilidad de "apoltronarse", de permanecer "perezoso e inactivo". El mismo mecanismo capitalista se encarga de esto: al hacer socialmente inútiles las funciones organizativas de un gran número de dirigentes de empresa (hombres de negocios) elimina al mismo tiempo los "elementos superfluos" de la vida económica inmediata, que se depositan en la superficie de la vida económica como "la grasa en el caldo" —para emplear la expresión de Sombart.

Es importante señalar, en este sentido, que los poseedores de valores a interés fijo no representan un estrato en decadencia en el interior de la burguesía rentista, sino, por el contrario, un grupo en constante expansión. "La burguesía se transforma en una masa de rentistas que tiene con las grandes instituciones financieras las mismas relaciones que con el Estado al cual adquieren los títulos del Tesoro: tanto en un caso como en el otro pagan sin tener que preocuparse por nada. Por otra parte, la burguesía prefiere confiar su fortuna al Estado... que presenta la ventaja de ofrecer mayores garantías de seguridad. No cabe duda que las acciones brindan intereses mayores que los títulos de Estado, pero también implican enormes riesgos. La burguesía crea todos los años un *excedente de capital* considerable, pero incluso en los períodos favorables al desarrollo industrial las emisiones de acciones absorben sólo una pequeña parte de este excedente; la otra, mucho más importante, se invierte en bonos del Estado, empréstitos comunales, hipotecas y otros valores a interés fijo." [20]

Este estrato de la burguesía es absolutamente parasitario y presenta características psicológicas que la emparentan con la nobleza decadente de fines del *"ancien régime"* y con los exponentes máximos de la aristocracia financiera de la misma época.[21]

Su característica más destacada, que la diferencia del proletariado y de otros sectores de la burguesía es, como ya hemos visto, su separación de la vida económica: es una capa social que no participa directamente de la actividad productiva ni del comercio; a menudo sus representantes ni siquiera cortan los cupones. Para caracterizar de la manera más general el campo en el cual ejerce su actividad el rentista, digamos que es en la *esfera del consumo*. La vida entera del rentista se basa en el consumo, y la psicología del "consumo en estado puro" constituye su "estilo" particular de vida. El rentista consumidor sólo piensa en caballos de carrera, tapices de lujo, aromáticos cigarros, vinos finos. Si habla de trabajo, entiende por "trabajar" juntar flores o conseguir entradas para el teatro.[22] La producción, el trabajo necesario para obtener bienes materiales, es algo fortuito en tanto permanece fuera de su campo visual. Para él no existe la actividad verdadera; toda su mentalidad tiene matices pasivos; la filosofía y la estética de estos rentistas son de naturaleza puramente contemplativa, están desprovistas de los elementos activos propios de la ideología proletaria. Es que el proletariado vive en la esfera de la producción, en contacto directo con la "materia", que se transforma para él en "material", en objeto de su *trabajo*. Asiste al crecimiento gigantesco de las fuerzas productivas de la sociedad capitalista, al desarrollo de nuevas técnica mecánicas que permiten arrojar al mercado cantidades cada vez más grandes de mercancías cuyos precios disminuyen a medida que progresa y se profundiza el proceso de perfeccionamiento técnico. Por estos motivos el proletariado tiene la psicología del *productor*. El rentista, en cambio, tiene la del *consumidor*.

Sigamos adelante. Hemos visto que la clase social en cuestión es un producto de la decadencia de la burguesía, decadencia que es consecuencia del hecho que la burguesía ha perdido sus funciones socialmente útiles. La situación de esta clase, extraña al proceso productivo, ha creado un tipo social original que se distingue, de algún modo, por su carácter asocial. Si desde sus orígenes, la burguesía es esencialmente individualista —en tanto su misma existencia se basa en una *célula* económica que, para salvaguardar su existencia autónoma, lleva adelante una lucha sin tregua contra la competencia de las otras células— en el rentista este individualismo es aún mayor. Este no conoce ninguna vida social, vive aislado; sus vínculos sociales están rotos y ni siquiera los objetivos generales de clase son capaces de soldar estos "átomos sociales". Se asiste así a la desaparición no sólo del interés por las empresas capitalistas, sino también de la preocupación por aquello que es simplemente "social". La ideología de este grupo social es por lo tanto esencialmente individualista; este

individualismo se expresa de la manera más clara en el plano estético: cualquier forma de abordar los problemas sociales aparece *eo ipso* "anti-artística", "grosera", "tendenciosa".

La mentalidad del proletariado se forma, en cambio, de un modo completamente diferente; éste abandona tempranamente la corteza individualista de su clase de origen: la pequeña burguesía rural y urbana. Confinado entre los muros de piedra de la gran ciudad, concentrado en lugares de trabajo y de lucha común, el proletariado adquiere rápidamente una psicología colectiva y una gran sensibilidad para los vínculos sociales; es sólo en el primer estadio de su desarrollo, cuando el proletariado no es todavía una clase particular, que presenta tendencias individualistas, tendencias que desaparecen rápidamente y sin dejar trazas. El proletariado se desarrolla así en un sentido opuesto al de la burguesía en su totalidad; mientras que su psicología deviene colectivista, la orientación individualista continúa siendo uno de los rasgos fundamentales de la burguesía. *Esta es la segunda característica del rentista: su individualismo creciente.*

Su tercera característica, común por otra parte a la burguesía en su conjunto, es el temor *al proletariado, el miedo a las inminentes catástrofes sociales.* El rentista es incapaz de previsión; su "filosofía" se reduce a la fórmula: "aprovechemos este momento", *carpe diem*; su campo visual se limita al presente, si "piensa" el futuro, lo imagina como el presente; es incapaz de imaginar una época en que gente como él ya no tenga rentas; espantado, cierra los ojos ante tal perspectiva, hace como si la ignorara y se esfuerza por no ver en el presente los gérmenes del futuro; su pensamiento es esencialmente antihistórico. La mentalidad del proletariado en cambio no tiene nada de conservadora. La lucha de clases que se anuncia le impone la tarea de *superar* el sistema económico-social existente; el proletariado no tiene ningún interés en la perpetuación del *statu-quo* social: al contrario, está interesado en su destrucción; vive ante todo en previsión del futuro; incluso los objetivos inmediatos los evalúa en función de esta perspectiva. De ahí que su manera de pensar, especialmente en el campo científico, presente un carácter netamente dinámico e histórico.

Esta es la tercera antítesis entre la psicología del rentista y la del proletario.

Estos tres aspectos de la "conciencia social" del rentista, que

se derivan directamente de su "ser social", determinan también su conciencia en el nivel más alto, es decir, en el de las ideas científicas. La psicología constituye siempre la base de la lógica; los sentimientos y las disposiciones determinan la orientación general del pensamiento, la perspectiva a partir de la cual se considera la realidad antes de someterla al trabajo de la lógica. Si el análisis, incluso minucioso, de una frase aislada de una teoría cualquiera no alcanza para descubrir su infraestructura social, el análisis de las características distintivas y del aspecto general del sistema en cuestión permite, en cambio, observar claramente esta infraestructura; veremos entonces a cada frase tomar un sentido nuevo, convertirse en la trama indispensable de todo un encadenamiento que traduce la experiencia de una determinada clase, de un grupo social dado.

Si nos detenemos en la escuela austríaca o, mejor aún, sobre los trabajos de su representante más eminente, Böhm-Bawerk, saltará a la vista que los rasgos psicológicos que hemos atribuido al rentista, encuentran su equivalente en el plano lógico.

Ante todo, por primera vez se trata a fondo el problema del *consumo.* En sus inicios, esto es durante el reinado del capital mercantil (mercantilismo), la economía política burguesa se caracteriza por considerar los fenómenos económicos bajo el ángulo del intercambio. Esto responde, dice Marx, "a la mentalidad burguesa, que sólo ve lo que se refiere al negocio, y no comprende que es el carácter del modo de producción el fundamento del modo de tráfico correspondiente, y no a la inversa".[23]

El estadio siguiente corresponde a la época en que el capital precede a la organización de la producción; quien traduce la ideología de estas relaciones es la "escuela clásica", que considera los problemas económicos precisamente desde el punto de vista de la producción, centrando en ella lo esencial de su investigación teórica (ver, por ejemplo, las "teorías del trabajo" de Smith y Ricardo). La economía política proletaria hereda de los clásicos esta actitud. El rentista, en cambio, se propone como objetivo principal la solución del problema del consumo. En esto consiste la nueva posición teórica fundamental, característica de la escuela austríaca y de las tendencias anexas. La orientación teórica que retoma la escuela austríaca existía ya en el pasado, pero las teorías que se basaban en el análisis del uso y del valor de uso de los "bienes" nunca obtuvieron un éxito comparable al de esta escuela. Recién ahora, gracias a las trans-

formaciones recientes, estas teorías han encontrado en la psicología del moderno rentista una base sólida.[24]

El *individualismo sórdido* encuentra su equivalente perfecto en el método "subjetivo-psicológico" tan apreciado por esta nueva escuela. Es verdad que ya en el pasado el individualismo había distinguido a los teóricos de la burguesía, que siempre tuvieron debilidad por las "robinsonadas" y que también los representantes de las "teorías del valor-trabajo" apoyaron su posición en argumentos individualistas: el valor-trabajo de que hablan no se refería a la *ley del precio* social y objetivamente determinada, sino a la *evaluación* subjetiva del "sujeto económico" que aprecia los bienes de manera diferente según que el esfuerzo para producirlo vaya acompañado de inconvenientes más o menos grandes (ver, por ejemplo, Adam Smith). Sólo con Marx el valor-trabajo adquiere el carácter de una "ley de la naturaleza", ley que regula el intercambio de las mercancías independientemente de la voluntad de los agentes del orden social moderno. No obstante, es recién ahora, con la doctrina de la escuela austríaca, que el psicologismo en materia de economía política, es decir el individualismo económico, aparece fundamentado y formulado con una coherencia perfecta.[25]

El miedo a las transformaciones se expresa, finalmente, en los defensores de la teoría marginalista, como aversión profunda por todo aquello que tiene carácter histórico; sus categorías económicas son válidas, según sus autores, para todos los tiempos y para todas las épocas; no es necesario, como preconiza Marx, examinar las leyes de la evolución de la producción capitalista moderna en tanto categoría histórica específica. Fenómenos tales como la ganancia, el interés, etc., son considerados como atributos eternos de la sociedad humana. Es evidente que estamos frente a una tentativa de justificación de las condiciones presentes. Pero cuanto más débiles son los elementos del *conocimiento teórico*, más bajan el tono los apologistas del orden capitalista. "No hay nada en la *naturaleza* de la renta [es decir de la ganancia N.B.] que haga aparecer a ésta como algo en sí mismo injusto o inicuo":[26] este es el resultado final (y a nuestro entender el objetivo) de la vasta investigación de Böhm-Bawerk.

La teoría "austríaca" expresa, según nosotros, la ideología del burgués ya eliminado del proceso de producción, del burgués *en camino hacia el crepúsculo* que quiere inmortalizar las particularidades de una mentalidad decadente, como veremos en seguida, con una teoría estéril en el plano científico. Esto no está en absoluto en contradicción con el hecho que la misma teoría de la utilidad marginal, tal como ha sido formulada por los austríacos, está en vías de ser sustituida por la hoy más en boga escuela "angloamericana", cuyo exponente más importante es J. B. Clark. La evolución capitalista en su fase actual marca una época de profunda tensión entre todas las fuerzas del mundo capitalista. El proceso económico de transformación del capital en "capital financiero"[27] introduce un nuevo estrato de la burguesía en un sector de la producción del cual antes estaba excluida (el capital bancario, atraído por la industria, toma en sus manos la organización de la producción), como por ejemplo los dirigentes y organizadores de los trusts, tipo de burgueses eminentemente activos, cuya ideología política se expresa en un imperialismo agresivo y cuya filosofía se caracteriza por un pragmatismo activo. Este tipo de burgués es mucho *menos individualista* porque se ha desarrollado en un ambiente financiero en el cual la voluntad personal aparece casi siempre en un segundo plano. La ideología de este burgués, por lo tanto, se diferencia sustancialmente de la del rentista: tiene en cuenta la producción y llega incluso a aplicar el método de investigación "socio-orgánico" al conjunto de la economía social.[28] La escuela americana es un producto de la burguesía en vías de desarrollo y no de la burguesía decadente; de las dos corrientes que existen actualmente, la del progreso permanente y la de la incipiente descomposición, expresa sólo la primera; no es sin razones que esta escuela lleva la impronta del espíritu americano, del espíritu del país del cual Sombart, "poeta" del capitalismo, afirmara: "En los Estados Unidos el capitalismo ha demostrado todas sus posibilidades de desarrollo. Allí, su fuerza permanece intacta y está, aún, en pleno movimiento."[29]

El rentista representa entonces el tipo marginal de burgués y la teoría de la utilidad marginal es la ideología de este tipo marginal. Desde un punto de vista psicológico este es el motivo de su importancia; también lo es desde un punto de vista lógico, ya que es evidente que los americanos son eclécticos en relación a ella. La escuela austríaca, precisamente porque responde a la ideología de un tipo marginal de la burguesía, constituye la antítesis perfecta de la ideología proletaria: objetivismo-subjetivismo, punto de vista histórico-perspectiva no histórica, punto de

vista de la producción-punto de vista del consumo: esta es la diferencia metodológica tanto de los fundamentos de la teoría misma como de toda la construcción teórica de Böhm-Bawerk. El objetivo de nuestro trabajo es el análisis lógico de esta diferencia metodológica de los fundamentos de la teoría y de toda la construcción teórica de Böhm-Bawerk.

Resta decir algunas palabras sobre los precursores de la escuela austríaca.

En la obra de Condillac, *Le Commerce et le Gouvernement* (1795), se encuentran ya esbozadas las ideas fundamentales de la futura teoría de la utilidad marginal. Condillac insiste mucho en el carácter "subjetivo" del valor; éste no radica, según Condillac, en la ley social del precio, sino en el juicio individual, basado por un lado en la utilidad y, por el otro, en la escasez. El mismo autor se acerca hasta tal punto al planteo moderno del problema, que llega incluso a distinguir entre necesidad actual y necesidad futura; [30] este es también el punto central para Böhm-Bawerk, principal exponente de la escuela austríaca, en el pasaje de la teoría del valor a la teoría de la utilidad.

Ideas análogas se encuentran más o menos en la misma época en la obra de un economista italiano, Pietro Verri,[31] quien también considera al valor como la resultante de la utilidad y la escasez.

En 1831 aparece la obra de Auguste Walras, padre del célebre León Walras: *De la nature de la richesse et de l'origine de la valeur*, en la que el autor hace derivar la teoría del valor de la escasez de los bienes útiles y refuta las teorías de los economistas que centran su atención *exclusivamente* en la utilidad de los bienes que constituyen la "riqueza". Esta obra debería haber merecido, por la claridad de su idea fundamental, una mayor atención por parte de los promotores de la nueva orientación.

En 1854 Hermann Gossen realizó una exposición clara y precisa de los principios de la utilidad marginal, formulándolos en forma matemática en su obra *Entwicklung der Gesetze des menschlichen Verkehrs und der daraus fliessenden Regeln für menschliches Handeln*. Gossen no se limitó a buscar "nuevas vías", sino que dio a su teoría una forma coherente y profunda. Muchas de las tesis atribuidas a los austríacos (K. Menger) ya habían sido perfectamente elaboradas por Gossen, al punto que se lo debería considerar como el padre de la teoría de la utilidad marginal. Pero su obra pasó totalmente desapercibida y el autor

habría caído en el olvido de no haber sido redescubierto después de 1870.

Más tarde, defensores de ideas análogas a las de Gossen se afanaron por reconocerlo como el fundador de la escuela (el mismo Gossen tenía una alta opinión de su obra y se autocalificaba de Copérnico de la economía política).

Por la misma época los trabajos de Stanley Jevons, León Walras y Karl Menger sentaron en Inglaterra, Suiza y Austria los fundamentos sólidos de la nueva corriente. Fueron ellos quienes hicieron famosa la obra de su olvidado predecesor.[32] La importancia de Gossen resalta con claridad en el homenaje que le rinden Jevons y Walras. Así, dice Jevons, después de haber expuesto la teoría de Gossen: "De lo que hemos dicho se desprende que Gossen me ha precedido tanto en lo que concierne a los principios generales como en los métodos de la teoría económica. Por lo que puedo juzgar, su método para tratar los fundamentos de la teoría es incluso más general y profundo que el mío."

Walras hace la misma apreciación: [33] "Se trata, escribe, de un hombre que pasó totalmente desapercibido y que fue uno de los economistas más eminentes de todos los tiempos." [34] Gossen, sin embargo, no llegó a crear una nueva tendencia; ésta recién surgió gracias a los trabajos de los economistas que lo sucedieron; hubo que esperar hasta los inicios de las décadas de 1870-80 para que la teoría de la utilidad marginal encontrara en los medios científicos más importantes el apoyo suficiente para convertirse rápidamente en *communis doctorum opinio*. La escuela de Jevons y, fundamentalmente, la de Walras, que pone el acento en el uso del método matemático en economía política, han elaborado un conjunto de ideas que se diferencian en ciertos puntos de la teoría austríaca; lo mismo vale para la escuela americana, dirigida por Clark. Los austríacos, en cambio, han elaborado una teoría *subjetivista* (psicológica) basada en el análisis del *consumo*. El exponente más importante de la teoría "austríaca" es Böhm-Bawerk, quien ha elaborado la teoría del valor mejor fundada de la escuela y, por último, ha establecido, a partir de la teoría de la utilidad marginal, una teoría prácticamente nueva de la distribuición. Böhm-Bawerk es la cabeza reconocida de esta escuela, que en realidad no es ni fue nunca *austríaca* (esto surge de nuestras alusiones a sus precursores), sino que se convirtió en un arma científica en las manos de la

burguesía rentista internacional. Sólo el progreso de la burguesía facilitó un punto de apoyo a las "nuevas tendencias"; hasta ese entonces sólo había científicos "aislados". El rápido desarrollo del capitalismo, el desplazamiento de los grupos sociales y la multiplicación de los rentistas prepararon, en el curso de los últimos decenios del siglo XIX, el terreno social y psicológico apto para que se desarrollaran estos débiles gérmenes.

El rentista, el rentista internacional, encontró en Böhm-Bawerk un guía científico y en su teoría un arma para dirigirse no tanto contra las fuerzas elementales del desarrollo capitalista, como contra un movimiento obrero cada vez más amenazante. Esta nueva arma es el objeto de nuestra crítica en la persona de Böhm-Bawerk.

I. Los fundamentos metodológicos de la teoría de la utilidad marginal y del marxismo

1. Objetivismo y subjetivismo en economía política. 2. Punto de vista histórico y punto de vista ahistórico. 3. Punto de vista de la producción y punto de vista del consumo. 4. Conclusiones.

Toda teoría, por poco elaborada que esté, debe presentarse como un todo orgánico cuyas partes se hallan orgánicamente ligadas. Una crítica consecuente deberá entonces encontrar el fundamento de esta teoría, su método, en tanto éste constituye el nexo que articula las diferentes partes del sistema teórico. En consecuencia, comenzaremos por la crítica de las premisas de la teoría de la utilidad marginal, no entendiendo por esto su carácter *deductivo* sino sus rasgos específicos en el marco del método abstracto-deductivo. Toda teoría de la economía política, por el hecho de ser una *teoría* es, en nuestra opinión, abstracta, y el marxismo, en este sentido, concuerda perfectamente con la escuela austríaca.[1] Esta semejanza es, sin embargo, puramente formal; sin ella no existiría la posibilidad de confrontar la teoría de los austríacos con la de Marx, puesto que lo que aquí nos interesa es el contenido concreto del método abstracto que es característico de la escuela austríaca y que lo pone en oposición con el marxismo.

La economía política es, en efecto, una ciencia *social* y se basa —sean o no conscientes sus teóricos— en una determinada concepción de la naturaleza y de las leyes de su desarrollo. Toda teoría económica, para decirlo de otra manera, descansa sobre ciertas características de carácter *sociológico* a partir de las cuales examina el aspecto *económico* de la vida social. Estas premisas pueden estar formuladas con claridad o permanecer implícitas, pueden ser un sistema coherente o sólo "opiniones vagas", pero tienen que existir. En la economía política de Marx esta base reside en la *teoría* sociológica del *materialismo histórico*. La escuela austríaca, en cambio, no posee ninguna base sociológica coherente; es necesario deducir fragmentariamente ciertos ele-